

Nuestro taller de sastrería Mode Parisienne se encontraba en la calle Mayor o, mejor dicho, casi en la única calle de nuestro Kolodetz,* miasteczko** en polaco y shtetl para nosotros. No teníamos escaparate, sino ventanas bajas con recortes de revistas parisinas y vienesas pegados en los cristales. Se podían ver en éstos caballeros elegantísimos con frac y preciosas damas vienesas vestidas de rosa; pero que yo recuerde, jamás se hizo en nuestro taller ningún frac ni tampoco vestido rosa alguno. Mi padre sobre todo arreglaba viejos abrigos desgastados dándoles la vuelta y se alegraba como un niño cuando en las pruebas ante el espejo la prenda, a la que había vuelto del revés por segunda vez, lucía como nueva. Al menos esto afirmaba él con los labios apretados, sosteniendo una cantidad prodigiosa de alfileres. Era un buen sastre y aquí cabe contar su anécdota predilecta de cuando le cosió un uniforme rojo a un dragón de la Guardia de Su Majestad (yo, particularmente, jamás he visto a ningún dragón en nuestro pueblo). El cliente quedó muy con-

* En ucraniano, «pozo». (N. de la T.)

** En ucraniano, *mestechko*, que significa «lugarcito». (N. de la T.)

tento al verse en el espejo, pero dijo: «Lo único que no entiendo es por qué necesitaste todo un mes para hacer un uniforme normal y corriente, si vuestro Dios judío hizo el mundo en tan sólo seis días». A lo cual le contestó mi padre: «Pues, mire usted, señor oficial, la chapuza que le salió y sin embargo, ¡fíjese en este precioso uniforme!». Si he de darle mi opinión, no creo que esto fuera verdad.

Por aquel entonces tenía yo dieciocho años, ayudaba a mi padre en el taller, en las fiestas y las bodas tocaba cancioncillas judías con mi violín y todos los domingos les leía a los niños de la escuela de la sinagoga, o dicho a nuestro modo, en la *Beit ha-Midrás*, capítulos escogidos del Tanach, el Pentateuco. Y como quien dice, la lectura me salía del corazón, leía con mucho sentimiento. Sin embargo, el violín no se me daba tan bien, no era yo ningún Kogan. Practicaba el violín con el bueno de Eliezer Pinkus, mi viejo maestro, que en paz descanse. Era un hombre sorprendentemente delicado y suave en el trato, pero un día ya no pudo más y le dijo a mi padre: «Perdone usted y no se me ofenda, por favor, pero su Itzik no tiene buen oído». «¿Y qué falta le hace?», repuso molesto mi padre. «¡Él no va a oír la música, sino a tocarla!». Tenía razón mi progenitor. Ahora sé tocar más o menos, pero sigo torturando el violín que me regaló mi tío Jaím en mi decimotercer cumpleaños, mi *bar-misvá*, o sea, la fiesta con motivo de mi ingreso en la mayoría de edad religiosa.

Yo era un chico soñador. En mis sueños realizaba viajes a Viena y muchas veces mi padre Jacob (o Yasha) Blumenfeld, se servía de su metro de madera para arrancarme de la dulzura de mis ensoñaciones y devolverme instantáneamente a Kolodetz, cerca de Drogobich, a mi asiento junto a la mesa, con la aguja clavada en una manga sin acabar. En mis sueños siempre vestía uno de aquellos impresionantes fracs parisinos de las revistas, bajaba de una carroza y ofre-

cía mi brazo a una señorita preciosa vestida de rosa, luego me inclinaba para besar su mano blanca y rellenita, y justo en aquel momento mi padre me daba con el metro en la cabeza. Por eso nunca supe la continuación de la historia, ni quién era aquella señorita preciosa, ni por qué le ayudaba a bajar de la carroza. Tal vez haya visto esta escena en el cine.

Hablando de cine: a veces de Lemberg (dicho de otro modo, de Leópolis) llegaba en carro el señor Liova Weißmann, editor de un periódico y propietario de un proyector cinematográfico. Vendía su periodiquillo *Jiddisches Heimland** y por la tarde ponía películas en la cafetería de David Leibowitz. No eran películas, precisamente; más bien trozos de películas sobre maravillosos mundos lejanos, poblados por mujeres divinas que entornaban los párpados cuando los caballeros galantes las besaban en los labios. Nosotros éramos poco avezados, gente sencilla y ordinaria, y nos costaba entender estas sutilezas. Además, sabe Dios dónde conseguía el señor Weißmann las películas en aquellos tiempos de guerra. Los títulos —era la época del cine mudo con títulos— eran en danés, finlandés, sueco y en cierta ocasión hasta en japonés o algo por el estilo, y es conocido que en Kolodetz, cerca de Drogobich, nadie hablaba dichas lenguas, y menos aún japonés. Sólo el cartero Awramczyk, quien había participado en la guerra ruso-turca de telegrafista, afirmaba que dominaba el turco, mas, por desgracia, jamás nos tocó ninguna película turca. Recuerdo que en cierta ocasión vimos un trozo bastante largo de una película con las imágenes patas arriba. Alguien intentó silbar y patear, pero el señor Weißmann se cabreó y dijo que la película era así, y que tenía prisa por regresar a casa antes de que

* Patria Judía. (N. de la T.)

cayera la noche. Así que las señoras preciosas y los galanes se besaban patas arriba, lo cual no dejaba de ser divertido. A veces ponía noticiarios sobre la guerra y entonces Liova Weißmann comentaba con tono patético: «¡Nuestro ejército invencible avanza con pasos de gigante!». Mucho más tarde reparé en que el señor Weißmann decía esto sólo cuando a la función asomaba el guardia local, *pan** Woitek.

A estos, por decirlo así, eventos artísticos, asistían las chicas de Kolodetz. Entre ellas había judías, lo mismo que polacas y ucranianas. He de señalar que vivíamos más o menos en comunidad, no nos dividíamos según nuestra nacionalidad ni religión, pero por si acaso, cortejábamos a las nuestras, no fuera que alguna madre nos mirara de reojo y que luego los padres nos amonestaran, advirtiendo que ni por asomo se nos ocurriera pensar en casarnos con una chica que no fuera judía. Así que solíamos contarnos la historia del judío converso Goldenberg, gran banquero, quien casó a su hija con el heredero del empresario Silberstein, converso también. Muy feliz, el banquero comentó: «¡Siempre he soñado con un yerno como éste: un joven cristiano, rico y simpático, de buena familia judía!». Pero esto sin duda no era nada más que un chiste, porque la realidad era muy distinta, y en Kolodetz no había ni banqueros ni empresarios ni nada que se le pareciese.

Pero hablábamos del cine y de los habitantes de aquellos inaccesibles mundos de cuento, donde la gente al parecer no se preocupaba más que de tomar champaña y de besarse después. Durante uno de estos episodios en la pantalla (que era un mantel manchado de café y cuya mancha caía ora en la cara de ella, ora en la cara de él), cuando la dama abrió los

* En polaco y ucraniano, «señor». (N. de la T.)

labios para recibir un beso, yo cogí entre mis manos calientes la manita de Sara, la hermana de nuestro buen rabí Samuel Bendavid. Ella permaneció sin reaccionar, con la mirada fija en la pantalla y la boca abierta y luego cerró los párpados al tiempo que la actriz. Fue entonces cuando me incliné y apenas la rocé con mis labios de fuego. La magia no duró más que un instante, porque Sara cayó en que yo no era el de la pantalla, me miró indignada y me propinó una bofetada. Algunos rieron, alguien emitió un silbido, y justo entonces el guardia *pan* Woitek se asomó a la puerta de la cafetería. El señor Liova Weißmann, que se había quedado dormido, se sobresaltó y anunció con solemnidad: «¡Nuestro ejército invencible avanza con pasos de gigante!». En pocas palabras, ¡yo no tenía suerte ni con la dama de la carroza ni con Sara!

Además de las emocionantes tardes de cine que nos proporcionaba Liova Weißmann, también me encantaba el sabbat —la tarde sagrada— y no únicamente porque al día siguiente no se trabajara. Me gustaba que la familia se reuniera alrededor de la mesa, puesta para la fiesta. Todos lavados y peinados, con las camisas blancas que mamá acababa de planchar: mi padre, mi hermana Clara, su novio Sabatéi Kranz, que era ayudante de boticario en Leópolis (todos estábamos muy orgullosos por esto), mi tío Jaím y yo. Escuchábamos a mi padre rezar brevemente, loando a Adonai, el único Dios de los judíos. Luego cortábamos ritualmente el pan todavía caliente. Las velas brillaban en la *menorá* y la paz se cernía sobre nuestro Kolodetz. Hasta los cristianos se volvían más callados, no se escuchaban las canciones de los borrachos de costumbre, ni las riñas entre los polacos. Si uno no es judío podría creer que la noche del sabbat cae en sábado, ¡pero no! nuestro sabbat cae en viernes, ¡te lo juro! Cosas de judíos...

Luego, todo el día siguiente, hasta la puesta del sol, los judíos no daban golpe e incluso los más pobres entre los pobres disfrutaban y aspiraban a pleno pulmón la paz profunda y alegre del sábado. Unos pasaban por la sinagoga para rezar, y rezaban meciéndose larga y ensimismadamente al ritmo de las incomprensibles estrofas de los judíos antiguos. Otros hacían lo mismo, pero rapidito, y salían a la calle Mayor para pasear y ver a la gente. Al cruzarse, se quitaban ceremoniosos los sombreros, a la vienesa, como si no se hubieran visto desde hacía doce años y como si el día anterior no hubieran estado a punto de pelear porque las gallinas del uno invadieran el jardín del otro. Las mujeres se saludaban con un cordial *¡Sabbat shalom! Shalom* quiere decir paz y, en realidad, todo estaba lleno de paz y de calma, y se olvidaban de que volvían a correr rumores sobre pogromos hechos por los cosacos en Rusia, de que le debían no sé cuánto al banco, de que el caballo iba renqueando de una pata y de que las cosas no estaban nada bien. Durante el descanso del sabbat es un pecado trabajar, prender fuego o fumar. Dicen que en los tiempos antiguos el castigo era la muerte, pero más tarde, con el desarrollo de ciertas ideas más humanitarias, la pena capital fue abolida y sólo quedaban las secuelas y los tormentos imprevisibles que nos esperan en el Más Allá. No es que me esté jactando, pero el día festivo es un gran invento de los judíos de antaño. A nadie más se le había ocurrido que podía haber un día a la semana sin trabajo. Con tal ahínco defendieron su invento mis lejanos ancestros, que obligaron a Dios a que abreviara su trabajo a seis días y descansara el séptimo, como buen judío que es. Si añadimos que en sabbat es un pecado imperdonable tocar dinero (por ser éste maldito y sucio, un signo auténtico del diablo, aunque el resto del tiempo los judíos no comparten una opinión tan extrema), acabarás por

darte cuenta del significado profundo del Séptimo día. Hay un chiste al respecto que seguro te sabes, pero aun así te lo voy a contar.

Esto son dos judíos de dos pueblos cercanos que se ponen a discutir sobre cuál de sus rabinos respectivos tiene relaciones más estrechas con Dios y, por lo tanto, es más capaz de hacer milagros.

«Por supuesto que es el nuestro», dice el primero. «El pasado sabbat nuestro rabí se encaminó hacia la sinagoga, pero de repente se puso a llover a cántaros. No es que nuestro rabí no tuviera paraguas, pero ya que el sábado no se debe hacer nada: ¿cómo lo iba a abrir? Miró hacia el cielo, Jehová lo entendió enseguida y se hizo el milagro: por un lado, lluvia, por el otro, lluvia, y en el medio, ¡un pasillo seco hasta el propio templo! A ver, ¿qué me dices sobre esto!».

«Pues escucha lo que te voy a contar: el sabbat pasado nuestro rabí regresaba a casa después de rezar. En el camino se encontró un billete de cien dólares. ¿Cómo cogerlo, si es un pecado tocar dinero? Miró al cielo, Jehová se dio cuenta y se hizo el milagro: por un lado, sabbat, por el otro lado, sabbat, y en el medio, no me lo vas a creer, ¡era jueves!».

He dicho jueves y enseguida me he acordado del primer jueves de mayo de 1918. Cualquier autor de inclinaciones patéticas lo describiría como «un momento crucial en la vida» o quizá como «un momento histórico». En aquel momento crucial o histórico, a eso de las diez y media de la mañana, mi padre Jacob Blumenfeld estaba tomando las medidas de la manga derecha del uniforme del guardia *pan* Woitek, tal vez para repararla. Mi tío Jaím, o Jaimle, como se le conocía —parrandero, calavera y muy buena gente, el único de la familia que había viajado varias veces a Viena— estaba sentado a la mesa y fumaba tranquilamente. Yo, por mi parte, me dedicaba a papar moscas, o sea, hacía como que traba-

jaba. En ese preciso instante entró al taller —mejor dicho, bajó, porque Mode Parisienne se encontraba a tres peldaños bajo el nivel de la acera— el cartero Awramczyk con un papelito amarillo en la mano:

—Os traigo una gran noticia —dijo.

—¿Buena o mala? —inquirió mi padre.

Awramczyk se quedó mirando perplejo el papelito y al señor guardia. A todas luces no conseguía determinar si la noticia era buena o mala. Entonces *pan* Woitek tomó —como se dice en los partes militares— las riendas de la situación, le arrancó el papelito, lo leyó y lo valoró:

—Buena noticia: tu hijo Isaac Jacob Blumenfeld ha sido llamado a filas para alistarse bajo la bandera del ejército austrohúngaro. Deberá presentarse siete días después de recibir este aviso. ¡Felicidades!

—¡Pero él es casi un niño! —susurró mi padre.

—¡Su Majestad sabe perfectamente quién es un niño y quién un hombre hecho y derecho! Además, los niños no se entretienen besando a las señoritas en la oscuridad de los cines.

—¿Tú has hecho eso? —preguntó severo mi padre.

—¡Fue sin querer! —contesté y era la pura verdad.

Recibí un cachete testimonial, destinado más bien a dar satisfacción al señor guardia.

—¡Toma!, en presencia de *pan* Woitek... ¡Para que aprendas!

—Vale, sí... —dije yo.

—¿Y no se puede hacer nada? ¿Alegar una insuficiencia cardíaca, por ejemplo, o cualquier cosa?

—¡No, no, no y no! —le cortó en seco *pan* Woitek—. ¡Dejaos de esos trucos de judíos! ¡La Patria lo reclama en este preciso momento en que la victoria está más cerca que nunca!

—¿Más cerca para quién? —terció con curiosidad mi tío Jaimle.

El guardia abrió la boca y permaneció pensativo un rato:

—Todavía está por ver.

—¿Y esto es bueno para los judíos? —preguntó con tono preocupado mi madre, que acababa de asomarse en lo alto de la escalera que conducía a la cocina, desde donde nos llegaba el olor a *borsch*.

—¿En qué sentido, señora Rebeca? —preguntó el guardia.

—En el sentido de... Digo, la situación en los frentes...

—Está bien para nosotros.

—¿Para nosotros? —preguntó mi tío Jaimle.

—¡He dicho para nosotros, no para vosotros!

Sabíamos perfectamente que *pan* Woitek era polaco y que las nociones de «nosotros», «vosotros» y «ellos» en el Imperio Austrohúngaro eran terreno resbaladizo y era mejor no adentrarse en él, mucho menos si se era judío, por eso mi padre y mi tío se miraron, movieron la cabeza y asintieron a la vez.

—Sí, claro que sí, es evidente.

Bueno, yo me quedé con la impresión de que nada era evidente.